Saray Santiago Fernández

Mi ángel oscuro

2ª EDICIÓN

EDICIONES ARCANAS

Mi ángel oscuro

Saray Santiago Fernández

EDICIONES ARCANAS

Preludio

Cuando Dios creó al hombre, también creó a sus ángeles. El más hermoso y sabio de todos fue Lucifer, al que amó y colocó a su diestra. Pero la soberbia, la vanidad y la envidia nacieron en su corazón. Quiso ser como El Creador. Deseó su poder y, para conseguirlo, se rebeló contra él.

Como castigo, Dios lo expulsó del Cielo y lo privó de su luz. Lucifer, dolido y enfadado, juró vengarse. Robaría todas las almas humanas que pudiese, ya que eran la creación más amada por Dios.

Muchos ángeles siguieron a Lucifer: Los Caídos. Se inició entonces una guerra entre el Bien y el Mal, entre la Luz y la Oscuridad: La Guerra Eterna. Una lucha entre Ángeles y Caídos, o Demonios, como se les llamó más tarde.

Dios dotó al ser humano del libre albedrío y estableció una regla: el contacto físico estaba prohibido.

Pero Lucifer, el más embaucador de toda la Creación, encontró un modo de someter a los humanos sin romper las reglas: La influencia.

Una sola palabra bastaba para que el ser humano, débil y manejable, se doblegara. Así pues, dotó a sus Ángeles Caídos con el poder de susurrar y los envió a la Tierra.

Accidentes, violaciones, suicidios…

Dios, enfadado, creó a Los Siete Ángeles Justicieros, encargados de dar caza a Los Caídos. Les entregó las Espadas de la Luz, creadas con su propia sangre y forjadas en el Fuego Eterno; capaces de enviarlos de vuelta al infierno. Además, les entregó las Monedas de Judas, para evitar que regresaran. Mandó también Ángeles Guardianes, para proteger a su más adorada creación: el ser humano.

Lucifer, en su afán por imitarle, creó los Siete Demonios Destructores y les dio las Espadas de la Oscuridad, también ungidas con su sangre y forjadas en el Fuego del Infierno, capaces de dar muerte a los ángeles.

Desde entonces, Justicieros, Guardianes, Destructores y Susurradores luchan por las almas de la humanidad.

Entre ellas, algunas brillan con más luz, pues están destinadas a cosas importantes. Tomarán parte en la guerra, ya que su destino se ha forjado.

Pero hay un inconveniente, como en todo lo imperfecto: esa luz puede ser tan brillante como un precioso sol, o tan oscura como la noche. Depende de quién se la lleve…

Lágrimas derramadas

Desperté sobresaltada. Un reguero de gotas de sudor perlaba mi frente. Estaba envuelta en una oscuridad densa y sofocante. Un silencio opresivo envolvía el lugar. De nuevo, una pesadilla con el accidente. Había ocurrido hacía cuatro días y aún seguía reviviéndolo una y otra vez.

No tenía fuerzas para levantarme. Me habían abandonado en el entierro. Todo se había esfumado. Lo que amaba en mi vida; mis sueños, mis metas… Todo.

Un coche, un borracho y, en un minuto, todo había desaparecido para siempre.

Nuevas lágrimas inundaban mi rostro. Me pregunté cuántos litros seríamos capaces de generar los seres humanos hasta quedar secos. A mí no debían quedarme muchos; no había parado desde ese fatídico momento.

La desolación me embargaba. No podía seguir en la cama, así que me levanté y me acerqué a la ventana. Las vistas se me antojaron extrañas. La habitación, la cama…, todo era ajeno. Estaba en casa de mi tía, en el cuarto de Estefanía, mi prima, que amablemente me había ofrecido. Ella se había instalado de manera provisional en el cuarto de Jorge, su hermano, mientras me preparaban una habitación. Ya no tenía ningún sitio al que volver.

No podía seguir así, me estaba ahogando. No tenía idea de la hora que podría ser, pero se veía noche cerrada. Agarré la primera chaqueta que encontré en el cuarto, pues a pesar de estar a primeros de mayo, aún hacía frío.

Salí sin hacer ruido, lo que menos necesitaba era más preguntas del tipo «¿Estás bien?». Acababa de perder a mis padres y a mi hermano por un estúpido y miserable borracho, ¿cómo demonios iba a estar bien?

La brisa fresca rozó mi rostro y me provocó un escalofrío. Me envolví en la mísera chaqueta de punto que había cogido, y salí a pasear.

El silencio y la oscuridad predominaban en la calle. Tan sólo el repiqueteo de mis pasos retumbaba como un martilleo constante.

No sabía a dónde me dirigía, sólo quería caminar y dejar atrás el dolor que me atormentaba. Jamás había pensado que se podía sentir tanto sufrimiento. Las lágrimas caían sin tregua por mi rostro y yo no me molesté en quitármelas, ¿para qué? Si seguían y seguían…

No me di cuenta de dónde estaba hasta que me asustó una fantasmagórica sombra. Alcé la vista y me topé con varias gárgolas, feas y antiguas, que decoraban la fachada de la catedral.

Para mi asombro, la puerta estaba abierta. ¿Es que los curas no dormían?

Un impulso me hizo entrar. Nunca había sido muy devota. Creía en Dios, pero no iba a la iglesia ni nada de eso; sin embargo, en ese momento, necesitaba un consuelo.

Un ligero fulgor iluminaba la estancia. Era amplia y con bancos alargados, de madera, dispuestos a ambos lados. A lo largo de toda la pared, estatuas impertérritas y desgastadas permanecían quietas, a la espera de los fieles que las visitaban y les encendían las velas. Al fondo y en el centro, se hallaba el púlpito, y detrás de este, una enorme estatua de Jesús se alzaba crucificada.

Tuve que reconocer que estaba impresionada por los detalles. La leve iluminación junto a la decoración, daban a la sala un aire tétrico. El techo era enorme y exquisito, con mil y un detalles. Grabados y pintados, todos hermosos y sombríos al mismo tiempo. Las llamas de las velas vacilaban con el aire que entraba por la puerta, creando sombras siniestras. A pesar de eso, entré sin saber muy bien para qué.

La sala estaba vacía. Caminé con reticencia y cierto temor por el centro. Me senté en el banco más cercano a la estatua de Jesús.

Admiré su magnificencia. Estudié los detalles de la que, se suponía, era la imagen de Jesucristo crucificado.

—Debió de dolerte mucho que te clavaran ahí —le dije a la estatua, aun sabiendo que no podría contestar—. ¿Por qué? ¿Por qué te los has llevado y me has dejado sola? ¿Tan mala he sido? Sólo tengo diecisiete años y lo he perdido todo. ¿Qué va a ser de mí ahora? ¿No has pensado en eso? Podrías haberme llevado a mí también. ¡¿Por qué…?! —grité llena de dolor y rabia.

Dejé salir toda mi frustración. No sé cuánto tiempo estuve llorando, desahogándome… Me dolía mucho la cabeza, y tenía la garganta seca y en carne viva. Los ojos me escocían tanto que pensé que me quedaría ciega.

Miré de nuevo la escultura y seguí llorando y preguntando por qué, mientras la estatua permanecía impasible, quieta, observando…

Agotada, decidí que ya era hora de regresar a casa. Me levanté y me dirigí a la salida. Ya en la puerta, una voz masculina me sobresaltó, provocándome un susto de muerte.

—Era su destino.

Busqué al propietario de la voz, pero no hallé a nadie.

—¿Quién anda ahí? —pregunté un poco nerviosa.

—No soy nadie.

—Mira, seas quien seas, en este momento no estoy para juegos —respondí enfadada y asustada a partes iguales.

Me abrigué con la chaqueta y emprendí la marcha, saliendo apurada de la catedral.

—Tú has preguntado, yo he respondido. Ellos han muerto porque era su destino. Tú estás aquí porque así estaba escrito —contestó enigmático desde alguna parte de la plaza.

Me detuve y miré en rededor. Me pareció divisar una sombra en una de las columnas de la fachada, pero al acercarme, no había nadie.

—¿Qué sabes tú de mi familia? ¿Destino? El destino no existe. Ha sido un borracho el que se ha cargado a mi familia, no el destino… ¡El alcohol! —espeté a la nada, al borde de las lágrimas y más alto de lo que pretendía.

—Llámalo como quieras, pero es destino al fin y al cabo. Llorar te ayudará, pero debes aceptar lo que ha pasado y seguir con tu vida —continuó el extraño sin dejarse ver.

—Para ti es fácil decirlo. No me conoces, no conocías a mis padres y no tienes derecho a hablar de ellos.

Salí corriendo y sin mirar atrás. Estaba actuando como una niña, pero me sentía derrotada. La situación me superaba y lo único que quería era alejarme de todo.

Tenía los ojos empañados por las lágrimas, así que no vi un pequeño bache que había en el suelo. Tropecé y observé, a cámara lenta, como el suelo se me acercaba. Cerré los ojos resignada y esperé el golpe, pero no llegó. Sentí unos brazos fuertes y musculosos que me sujetaban. Abrí los ojos despacio y encontré, sosteniéndome, a un hermoso dios dorado.

Era un muchacho de unos veinte años, alto, por lo menos un metro ochenta, ya que me sacaba una cabeza y media. A través de la fina camiseta de algodón negra, se apreciaba un cuerpo esculpido, quizás de gimnasio. Llevaba unos vaqueros caídos, que le daban un toque juvenil, y unas deportivas negras.

Sus cabellos eran castaños con reflejos dorados. Lo llevaba peinado hacia atrás, rozándole la nuca. Lo que más me llamó la atención fueron sus ojos. Eran verdes y profundos. Parecían encerrar sabiduría y tristeza, demasiada para alguien tan joven.

Me incorporé como pude, abochornada.

—Gracias —susurré.

—No te preocupes —le restó importancia.

—Tu voz… ¡Tú eres el que me estaba hablando antes! —exclamé, y el joven asintió.

—Estabas preguntando, yo podía darte una respuesta, así que lo hice —contestó sin emoción en la voz.

—Bueno…, pues… Gracias otra vez. Tengo que irme.

Hice un ademán con la mano a modo de despedida, y comencé a caminar. En realidad no quería irme. Encerrarme entre esas cuatro paredes no me iba a ayudar. Aquí al menos estaba distraída.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció cuando yo apenas había dado dos pasos—. Es tarde y las calles son peligrosas para una muchacha joven. —Se encogió de hombros con indiferencia.

Mi tía vivía a unas calles de distancia y no me parecía bien que un completo desconocido lo supiese, pero tenía razón, y no me apetecía volver sola.

—Vale pero, ¿no serás un violador ni nada de eso? —pregunté, repentinamente preocupada.

No tenía pinta de violador. En realidad, parecía un muchacho normal, aunque con un aura misteriosa. Tenía una belleza desgarradora y su voz era sensual, aunque fría.

—Que yo sepa, no —sonrió.

Por extraño que pareciera, esa sonrisa me tranquilizó. Una sensación de paz me invadió y accedí a que un completo desconocido me acompañase a casa a las tantas de la noche.

Íbamos caminando en silencio. Yo le observaba de reojo. Me costaba horrores apartar la vista de él. Estaba realmente bueno…

—Si quieres, me detengo. Así podrás mirarme mejor —me sugirió con una sonrisa pícara.

—Perdón —me disculpé más roja que un tomate—. Estaba pensando… ¿Qué hace un chico joven, en una catedral, tan tarde? No tienes pinta de ser muy devoto —improvisé, aunque lo cierto es que sí tenía curiosidad.

Me miró con una ceja arqueada y una sonrisa ladeada en el rostro. Por poco empiezo a hiperventilar… Me obligué a calmarme y lo observé. Algo de lo que había dicho le hizo reír.

—No puedes hacerte una idea de lo devoto que soy —sonrió enigmático—. Sólo estaba de visita. Te oí, así que me acerqué. Vi que estabas llorando y… —titubeó. Parecía no encontrar las palabras adecuadas.

—¿Cómo supiste lo de mi familia? —le pregunté interesada.

—Yo… Imaginé… Nadie llora así si no es por su familia, y dado que eres muy joven para marido e hijos, supuse que serían padres…

Sus ojos me miraban nerviosos.

Observé sus facciones. Parecía satisfecho con la respuesta, pero yo no. Algo me decía que estaba mintiendo; pero, al fin y al cabo, ¿quién era yo para exigir su verdad?

Lo dejé pasar. Casi habíamos llegado a casa de mi tía.

Para mi sorpresa, se detuvo en la misma puerta, algo que me provocó un escalofrío.

—Bueno, aquí te dejo, sana y salva.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

Creí atisbar desconcierto en sus ojos, pero pronto desapareció. Sonrió y se despidió con la mano, mientras se alejaba.

—¡Eh, oye! —le llamé.

Hizo caso omiso.

Miré un momento hacia la puerta, para comprobar si había alguna luz encendida. Estaba dispuesta a perseguir a mi misterioso acompañante; sin embargo, cuando volví la vista hacia él, ya no estaba.

Me quedé estupefacta, parecía haber desaparecido. Era imposible que hubiese sido tan rápido, apenas una fracción de segundo.

La inseguridad se apoderó de mí, ¿y si me lo había imaginado? Llevaba varios días llorando, sin apenas comer ni dormir, quizá mi mente estaba empezando a crear ilusiones.

Sacudí la cabeza, como si con eso pudiese desechar la idea. Entré en la casa a trompicones, intentando en vano no hacer ruido.

—Sara, ¿dónde estabas? —me interceptó mi tía.

La observé un segundo. Se veía demacrada y agotada; más delgada. Siempre había estado rellenita, pero estos días parecía haber perdido varios kilos.

—He ido a dar un paseo, tía Ana. —Esa noche se había recogido el pelo en un moño desaliñado y se había puesto un pijama azul de tela fina que marcaba sus curvas, ahora más visibles—. Siento haberte preocupado, pero lo necesitaba. —Tenía la voz rota y las lágrimas amenazaban con salir.

Sus ojos, azules como los de mi madre, me miraban angustiados. Ella también estaba sufriendo; mi madre era su hermana, su amiga…

Me abrazó.

—No te preocupes cariño, sube y date una ducha, eso te ayudará a relajarte —me aconsejó compasiva—. ¿Quieres que te prepare una tila?

Sonrió.

—No gracias. Lo del baño suena bien.

Subí rápidamente las escaleras. Mi tía se quedó en silencio en el salón. Me observó ascender con la pena surcando su rostro. ¿Tan mal aspecto tenía?

Lo cierto es que hacía cuatro largos días que no me preocupaba siquiera de peinarme. El día del accidente, me llevaron al hospital y me tuvieron en la sala de observaciones varias horas. Todo estaba bien, ni un maldito rasguño.

«Es un milagro, ha salido ilesa», le dijeron los médicos a mi tía Ana. «No lo entendemos. Es como si algo la hubiese estado protegiendo».

No pudieron hacer nada por mi familia. Cuando llegó la ambulancia, ya habían fallecido. Mientras certificaban la defunción, mi tía me llevó a su casa.

Todo sucedió muy deprisa. Era temprano e íbamos hacia el instituto, cuando ese malnacido se saltó el Stop y nos sacó de la carretera varios metros. Nos estrellamos contra un muro. El coche quedó destrozado y tuvieron que sacarme los bomberos.

Tardaron casi dos días en tener todo listo para poder celebrar el velatorio. Yo no me separé de ellos en ningún momento. Ni siquiera recuerdo haber comido nada. Cuando salimos del cementerio, mi tía Ana me trajo a su casa. Los hermanos de mi padre, que viven en otra ciudad, se ofrecieron a hacerse cargo de mí, pero mi tía Ana y su marido Jorge se negaron. Yo se lo agradecí. Nunca he tenido buena relación con la familia de mi padre; sin embargo, con la de mi madre sí, sobre todo con ella.

Mi madre y su hermana estaban muy unidas. Aunque tienen otros dos hermanos varones, ellas eran las únicas niñas y se llevaban muy bien. Nos veíamos a menudo. Solíamos juntarnos los domingos para pasar el día. Incluso habíamos ido varias veces de vacaciones todos juntos.

Desde el primer momento, la tía Ana y su marido Jorge, que me quiere tanto como ella, me ofrecieron su casa. Yo accedí de buen grado. Lo dispuso todo para hacerse mi tutora legal y nadie se atrevió a llevarle la contraria.

Observé mis cosas por el cuarto de Estefanía y sonreí ante su amabilidad, a pesar de tener sólo doce años. Su hermano Jorge, de catorce, me dijo que no me preocupase por nada, que ahora ellos serían mis hermanos también. Se habían portado muy bien conmigo.

Me di cuenta de que estaba llorando, otra vez. Entré en el baño y miré el reloj de pulsera que había sobre el lavabo. Las cinco y cuarto de la mañana. Menos mal que no tenía que madrugar. Con todo lo que me había ocurrido, mi tía había decidido que durante un tiempo no iría al instituto, mientras me acomodaba y todo eso.

Me miré en el espejo y me asusté de lo que vi. Las ojeras violáceas marcaban mi rostro. Mis ojos marrones, antes alegres y curiosos, me devolvían la mirada, hundidos, tristes y enrojecidos. Mi pelo, castaño y largo, estaba hecho una maraña de nudos. Me veía demacrada y más delgada.

Siempre me he considerado normal. Mido metro sesenta, y antes de mi desgracia, pesaba sesenta kilos. En los últimos días había perdido cinco kilos por lo menos. Estaba hecha un asco.

No quise seguir observándome. Me duché rápido y me metí en la cama. No tenía sueño, pero necesitaba descansar. Cerré los ojos y pensé en el misterioso muchacho. No sabía nada de él. Ni siquiera su nombre. ¿De dónde sería…?

Abrí los ojos con lentitud. La luz se colaba por la ventana, iluminando la habitación. Mi tía había pasado por mi habitación varias veces. Encima de la mesita me había dejado una bandeja con comida.

Miré el reloj, las 15:25. Al menos había conseguido dormir algo.

Me tapé con la almohada. No quería despertarme. Era domingo, tres de mayo; el primer domingo, el día de las madres. No entendía cómo mi corazón era capaz de seguir latiendo, estando como estaba: roto, desgarrado…

Ya no tenía una madre a la que felicitar. No me sentía con fuerzas de salir y ver a nadie. Mis primos estarían celebrando el día con mi tía, le habrían dado un regalo… No habían salido a comer fuera por respeto a la situación, pero eso no mejoraba ni cambiaba nada. Mi madre seguía muerta, y mi padre, y mi hermano…

Joder, otra vez llorando… ¿Es qué no iba a parar nunca? Me limpié con la sabana y me tumbé boca arriba. Dejé salir todo el dolor que tenía. Lloré todo lo que pude, hasta que mis ojos, enrojecidos e hinchados, se cerraron cansados.

Desperté de un salto. Había vuelto a tener una pesadilla con el accidente. ¿Cómo pude salir ilesa? Aún no lo entendía. Nadie había sido capaz de explicarlo.

Parpadeé varias veces para acostumbrarme a la penumbra. Sentí una presencia en la habitación. Encendí la lamparita de la mesa, pero no había nadie. Deseché la sensación y me levanté, con un hambre atroz. La bandeja de comida fue sustituida por otra, con un sándwich, un cuenco de sopa y una manzana. Me lo comí con avidez. Eran más de las dos de la madrugada. Me había pasado todo el domingo durmiendo y sin probar bocado.

No quería seguir así, tenía que avanzar. Pero me sentía incapaz, sin fuerzas. Volví a tumbarme y me acurruqué en la cama, abrazando la almohada. Sólo quería llorar y dejarme llevar, así que eso hice. Lloré, una vez más.

Me quedé dormida y volví a revivir el accidente, pero esta vez había algo extraño. El misterioso chico de la catedral me observaba abatido, clavándome sus profundos ojos verdes.